

el genio de las *Odas elementales* murió con el nombre de los criminales y sus víctimas en los labios: “Están matando gente”, le decía a su mujer en la clínica, “la morgue está llena de muertos... ¿Usted no sabía lo que le pasó a Víctor Jara? Le destrozaron las manos. (...) ¡Oh, Dios mío! Si esto es como matar a un ruiseñor. Dicen que él cantaba y que eso los enardecía”. Y sus últimas palabras fueron éstas: “¡Los están fusilando! ¡Los están fusilando!”.

De Neruda llegó a imprimirse, a los cuatro años de su desaparición, un segundo tomo vagamente autobiográfico, *Para nacer he nacido*, que reunía algunas de sus prosas dispersas. Ahora, a los 45, su voz regresa en *Tus pies toco en la sombra y otros poemas inéditos*, donde, a pesar de todo, hay dos o tres magníficos. El análisis de sus restos determinó que su muerte había sido a causa de la enfermedad y, por lo tanto, no había sido asesinado. Sus seguidores ardemos en deseos de leer el libro en el que alguno de sus desenterradores nos cuente todo lo que encontraron.

MENOS ‘COACHING’ Y MÁS CÁBALA

POR JORGE CARRIÓN

La ciencia moderna avanza por los caminos de la cábala”, me dice el profesor argentino Mario Sabán. “Toda la física cuántica y la posibilidad de que en los próximos años el hombre domine las variables del espacio y del tiempo ya están en lo que llamamos el universo de Atzilut”. Y añade en tono de oráculo: “No le puedo explicar más. Son secretos que se deben mantener ocultos hasta que la conciencia del hombre esté capacitada para comprenderlos”.

“De *Más Platón y menos Prozac* hemos pasado a *Menos ‘coaching’ y más cábala*, o a *El ‘coaching’ se inventó en la Edad Media*”, pienso mientras converso con este doctor en filosofía y en antropología. Es uno de esos individuos que inspiran confianza, porque para ellos el saber no está reñido con la simpatía, y la simpatía no es incompatible con la contundencia. El éxito del misticismo judío en el siglo XXI,

me cuenta, se basa en que “la cábala intenta dar respuesta a dos interrogantes fundamentales: por qué se ha creado el universo y qué sentido tiene la vida de cada ser humano”. Bienvenido sea el *coaching* trascendental.

En Barcelona hay cien personas que estudian con Sabán los misterios cabalísticos. Comentan textos de los siglos X y XI, como el



La influencia del Sol, la Luna y las estrellas en la lectura de los símbolos de la cábala. Una miniatura incluida en un tratado cabalístico manuscrito en griego, datado del siglo XVI.

Sefer Yetzira y el *Bahir*, que fueron escritos muy cerca de aquí, en Girona, cuya escuela fue uno de los centros mundiales del pensamiento hebreo. O como *El Zohar*, que terminó Moisés de León a finales del siglo XIII, una época en que Ávila, Guadalajara, Valladolid o Toledo estaban unidas por una densa red de nomadeos y conversaciones, como explicó Gershom Scholem en *Grandes temas y personalidades de la cábala*.

“Barcelona tiene energía mística, la misma que recorre Segovia y Ávila, entre otras ciudades de la antigua Sefarad”, cuenta.

Evoca un eco lejano de su propia presencia en esta metrópolis cuyas calles judías han sido reivindicadas en los últimos años: Abraham Abulafia, que entre 1270 y 1272 estudió y enseñó en la Ciudad Condal. Pero enseguida matiza la afirmación, o directamente la contradice: “Los antiguos cabalistas dijeron que dentro de cada ser humano existe un templo interior, por lo que cualquier sitio en el mundo puede ser un lugar de santidad; no es el lugar lo que hace santo al hombre, es el hombre quien santifica a este”.

Madonna puso de moda la cábala a finales de la década pasada. En el mundo laico, las dos grandes tendencias son la de Michael Laitman y la de Philip S. Berg. Ambos provienen de un mismo maestro: el rabino Ashlag. Laitman ha creado el movimiento Bnei Baruj, mientras que Berg se ha hecho muy famoso gracias a las celebridades de Hollywood que forman parte de su grupo de estudio. Cuando en 2009 le preguntaron por ello a Laitman, respondió: “La *Klipa* (concha o piel) ayuda al fruto a crecer, y cuando el fruto madura, es descartada y el fruto se come; esa es la misión de Berg y de Madonna, ayudar a que la gente se vuelva más inteligente y a que entre en el mundo de la auténtica cábala”.

En otras palabras, menos *coaching* y más cábala, pero con rigor. Y menos Prozac disfrazado de cábala ●

COMO YO SIEMPRE DIGO...

¿A qué hora te acuestas?

Según un estudio publicado en el *European Journal of Social Psychology*, liberarse de un hábito pernicioso cuesta 66 días. Lo creo a pies juntillas, gracias a la naturaleza abstracta, y a la vez de validez universal, de las cifras y los números. Estos han servido tanto para las elucubraciones místicas de los matemáticos Egorov, Luzin y Florenski como para animar la dimensión digital donde los lectores cándidos teclean *enter* absorbidos por su curiosidad numérica. Y el número de *enter* determina, además, la viabilidad de una página o su muerte súbita.

Vagando por las conferencias TED ayer supe que para convertirte de lego a virtuoso en cualquier disciplina, sea tocar un instrumento o aprender una lengua, has de dedicarle 10.000 horas. Para alcanzar el nivel de discreto aficionado bastan 20 intensas horas. Eso sí, aplicando cinco principios y siete técnicas. ¿Cinco y siete? Es plausible. Acaba de comenzar un nuevo año, 2015. Tienes 13 motivos para perder peso, pero no estás solo: puedo darte nueve recomendaciones para conseguirlo. Hay 12 síntomas que delatan un carácter pasivo-agresivo.

Fechas, aniversarios, centenarios y quincuacentenarios acercan la complejidad del número infinito y hacen la vida manejable. “Coulbaly alquiló el coche el 30 de diciembre y lo devolvió el 6 de enero, dos días antes de matar a un policía municipal. Al día siguiente, el viernes 9, asesinó a cuatro judíos franceses. El 2 fue cuando su mujer tomó el vuelo”. Frases de una precisión insuperable. Todo lo contrario de vaguedades literarias tipo “Mucho tiempo he estado acostándome temprano”. (Vale, Marcel, pero ¿cuánto tiempo? ¿A qué hora?) La cruda verdad, el rostro de Dios, está en las cifras, en las fechas, en los números exactos como los billetes de lotería premiados.

Ignacio Vidal-Folch

